

El Camello en Canarias

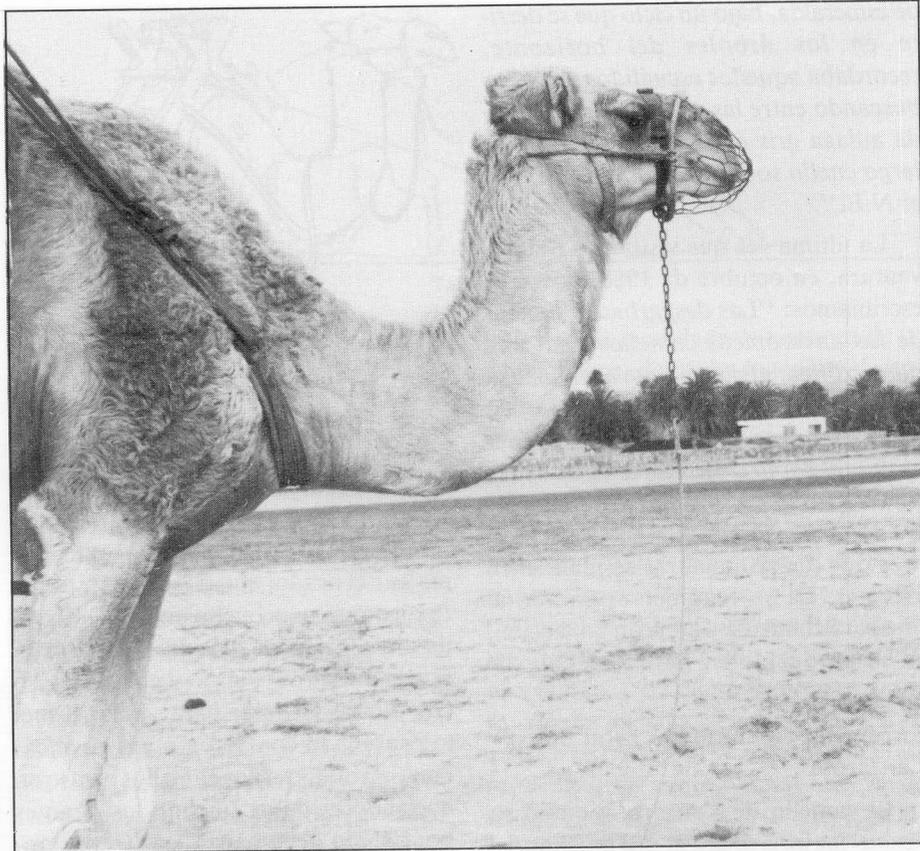
En recuerdo de
Luis Fajardo Hernández

Escribir hoy sobre el camello en Canarias, animal casi extinguido en la mayoría de nuestras islas, y en franca regresión en las dos donde por su topografía plana y su climatología esteparia alcanzaron mayor auge y desarrollo en el pasado —Lanzarote y Fuerteventura— es como entonar una elegía o un cántico nostálgico en su memoria, pues la mecanización y los adelantos técnicos de la vida moderna le han ido desplazando de las carreteras asfaltadas, de los núcleos urbanizados y del mismo agro isleño.

Hoy casi todos los ejemplares sobrevivientes que se tiene oportunidad de contemplar en el sosegado paisaje rural de Lanzarote, se han concentrado en el Parque de Timanfaya, al pie de las Montañas del Fuego, término municipal de Yaiza, y están dedicados a transportar turistas. A las jóvenes generaciones les resultará, pues, difícil entender la importancia agrícola que los camellos tuvieron en estos campos adustos, desolados por los volcanes, y en los vecinos páramos de Fuerteventura, hasta épocas relativamente recientes.

El camello en Fuerteventura, visto por Unamuno

El dromedario de Lanzarote, como el de Fuerteventura, no es el animal doméstico, corredor y caravanero de los nómadas, en los grandes espacios desérticos de Arabia y el Sáhara, al que debe su nombre específico, de raíz griega: “dromos” = corredor. Por eso, hasta Unamuno, culto profesor de griego, que leía directamente en dicho idioma los sagrados evangelios durante su forzado exilio en tierras majoreras, nunca les aplicó dicha denominación específica, sino la genérica de camello. Los mismos naturalistas han observado que los dromedarios, en su período fetal, presentan una predisposición a tener dos gibas y son, además, desconocidos como forma salvaje, por lo que se inclinan a pensar que todos proceden del camello bactriano.



Lo que captó con agudeza el sabio rector de Salamanca durante su confinamiento político, fue la sobriedad del animal, su “descarnadura”, su gran tamaño y sus largas patas. Así, en el soneto VIII de su libro “De Fuerteventura a París”, califica a la isla como “*Sufrida y descarnada cual camello*”. Y en el XVI, que comienza: “*Ruina de volcán esta montaña*”, añade: “*y la esquinuda camella/rumia allí la aulaga ruda/con cuatro patas colosal araña*”. Y comenta: “*la aulaga es un esqueleto de planta; la camella es casi esquelética y Fuerteventura es casi un esqueleto de isla*”. Aunque hoy, con el turismo le hayan brotado en sus costas paraísos artificiales ajardinados. Y en el XLIV leemos: “*Desnuda la montaña en que el camello/buscando entre las piedras flor de aulaga/marca en el cielo su abatido cuello*”. De esa aulaga, en su prosa: “*Una isla y un estilo*”, escribió: “*este esqueleto de plante es un cilicio... sólo la come el camello, este anacoreta resignado se alimenta de sus flores y de sus espinas*”. Por último, en el LIV parece confundir la visión gris y lejana de un voluminoso camello con la parda y evanescente de una nube peregrina cuando se pregunta: “*¿Es camello la nube o el camello/es una nube, vaporosa gasa?*”.

Pero Unamuno, después de evadirse de la isla, se sigue acordando de los amigos que dejó en ella y de los camellos con los que llegó a familiarizarse.

Y en carta que dirige a don Ramón Castañeyra, le promete: “... y haré aquel libro de que les hablé y que se titulará “*D. Quijote en Fuerteventura*”, *D. Quijote en camello a modo de Clavileño...*”. Y al comentar las desmesuradas dimensiones atribuidas al gigante Mahan, a la par que ironiza con las opiniones del doctor Chil, fantasea con don Quijote y escribe: “*D. Quijote a donde vino después de morir y antes de subir a los cielos*”... “*fue a esta sedienta isla*”. “*Vino a rescatar el alma del gigante Mahan, cuya sepultura está al pie de la montaña Cardones. Y vino en camello, pues Rocinante, que había muerto, no resucitó*”.

Y en “*Escuela de Sosiego*”, después de recordar lo que el amigo Gil Roldán le había dicho en Tenerife sobre el paisaje de Fuerteventura, al cual calificó de “*paisaje bíblico*”, y darle la razón, pero matizando: “*evangélico más bien*”, vuelve a evocarlo, con la omnipresencia del camello: “*Aquel camello, aquel camello sacando agua de una noria al pie de una palmera. En el fondo, el paisaje de Betancuria*”.

Por último, al llegar a la dulce Francia, el recuerdo de la tranquila isla, y de sus camellos anacoretas, le sigue acompañando y se pregunta: “*¿Me dormiré yo aquí, en el suave tumulto de París? ¿Me dormiré al arrullo de los autos, yo que me mantuve despierto al silencio de la marcha sosegada de los camellos?*”. Y “*viendo las lustrosas y grasas vacas normandas, apacentándose en praderas*

de esmeralda, bajo un cielo que se derrite en los árboles del horizonte, recordaba aquellos escuálidos camellos buscando entre las piedras una escuálida aulaga gris o haciendo destacar su largo cuello sobre un cielo barrido por el N.E.”.

La última vez que visitamos Fuerteventura, en octubre de 1988, nosotros escribíamos: “Las desgarradas siluetas de los anacrónicos camellos eran una nota exótica, africana, que armonizaba muy bien con el paisaje semi-desértico de la isla, pero que han ido desapareciendo al soplo de los aires cosmopolitas, al giro de la rueda y al trepidar de los motores de gasolina”. Consideramos que dichas palabras se mantienen vigentes. Es un fenómeno parecido al que paralelamente y aun con antelación, se ha producido en Lanzarote.

El camello en el mundo rural de Lanzarote

El camello de Lanzarote, como su vecino majorero, era el útil auxiliar del campesino, de andar pausado, cansino y soñoliento (unos 4 kms. a la hora), pero sobrio e infatigable. Animal de carga, de cabalgadura y de tracción. El único que se arrodilla y “tuche” (en Fuerteventura “fuche”) para facilitar la carga y la monta. El único que mece o arrulla a quien le cabalga. El único que se olvida de beber durante su trabajo. El que puede alimentarse de pencas, cardos y aulagas, sin herirse con las espinas.

Durante siglos ha sido —repetimos— el auxiliar imprescindible del campesino conejero. Parecía planificado a escala de la isla. No necesitaba apresurar demasiado sus parsimoniosos pasos para recorrer las cortas distancias de los caminos. Y lo mismo transportaba arena o tierra en sus serones, que batatas o sandías en sus “barcinas” o mallas de carga.

El hombre de campo ideó una serie de ingeniosos arneses para facilitar las tareas y los servicios de los dóciles camellos, obteniendo así el máximo rendimiento de sus enormes fuerzas.

A la silla de carga y la angarilla, hemos de agregar la “silla inglesa” para el transporte más cómodo de personas, además de las cajas de vendimia, donde se conducían las uvas desde la parra al lagar, el “baso” para la paja, el “serón” para transportar arenas, tierras, áridos, etc.

A ello se suman los arneses de tiro: la canga, equivalente al yugo, para re-



Silla de carga

molcar el arado, el cual va provisto del “palenque” o pequeña palanca injertada al timón, para que un solo camello pueda arrastrar el largo y pesado apero (ver dibujo); la tabla para nivelar el suelo enarenado con picón o grava volcánica; el trillo, que los camellos arrastran haciéndoles pasar uno de los tirantes por debajo de la panza, en su constante rotación alrededor de la era, etc.

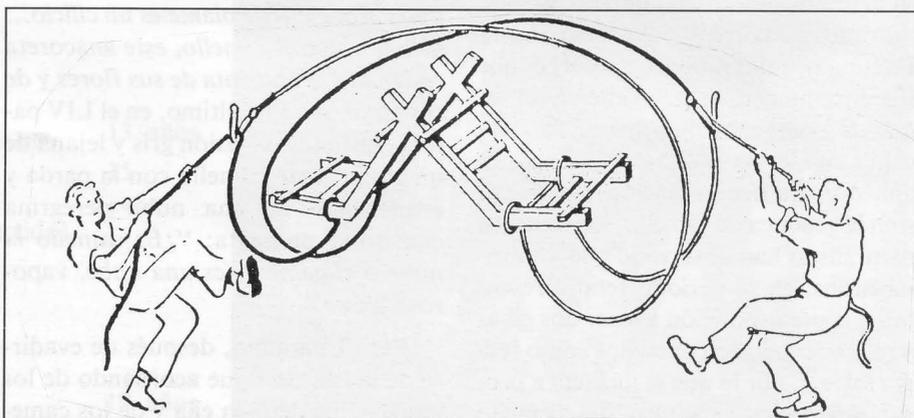
Todos estos instrumentos, más los arneses menores: sálamo, jáquima, atillo, cabestro, bastos y petral, los describe de forma clara, hábil y correcta, mi antiguo condiscípulo y recordado amigo, Luis Fajardo Hernández, prematuramente fallecido, en un interesante trabajo que se publicó en el libro *Palabras y cosas*, editado por la Universidad de La Laguna el año 1944, donde también figura un estudio mío sobre “La navegación pesquera en las islas Canarias”, aunque por error de imprenta aparezcan mis apellidos como Jerez Saavedra, en lugar de Pérez Saavedra. Reproducimos para los lectores de AGUAYRO algunas de las valiosas ilustraciones que hemos mencionado.

Origen del camello en Canarias

Luis Fajardo nos dice que en Lanza-

rote distinguíamos dos clases de camellos: el moro y el majorero. Pero el origen común de ambos es africano. No es animal autóctono, aunque Antonio de Viana nos diga lo contrario en sus *Antigüedades...* (C.1, v. 78 y ss.): “No hallaron en ellas animales/dañosos porque nunca los criaron/aunque en algunas de ellas habitaban/los soberbios camellos corcovados”.

Se aprecia que el poeta estaba más inspirado por Calíope, la musa fabuladora de la poesía épica, que por Clío, la exigente musa de la verdad histórica. Los camellos fueron traídos a nuestras islas, con absoluta seguridad, de la vecina costa africana, junto con los primeros cautivos moros, al comienzo de la ocupación europea. Ya *Le Canarien*, en el cap. LXXIX de la versión B, habla de tres naves de Bethencourt que en la travesía de Fuerteventura a Gran Canaria fueron arrastradas hasta la costa de África por una violenta tempestad. Añade que allí desembarcaron los tripulantes, capturaron a varios naturales y “mataron 3.000 camellos” (?). Lo desmesurado de la cifra hace decir a Viera y Clavijo (*Noticias...* 1-IV pág. 336, 1967) “según la exageración de nuestros autores”. Pero no se trata de simple exageración, sino de una clara patraña o invención. La crítica histórica moderna rechaza la autenticidad de los capítulos finales de la mencionada versión de la crónica normanda. La llegada de los primeros camellos africanos a Lanzarote y a Fuerteventura hay que relacionarla, sin un ápice de duda, con las expediciones de Diego de Herrera a Berbería, la construcción de la torre-fortaleza de Santa Cruz de Mar Pequeña y las primeras capturas de esclavos en la zona. Esclavos y camellos constituyeron las presas más codiciadas, frecuentes y abundantes de los señores de ambas islas en sus repetidas cabalgadas a las desoladas costas atlánticas del desierto africano.



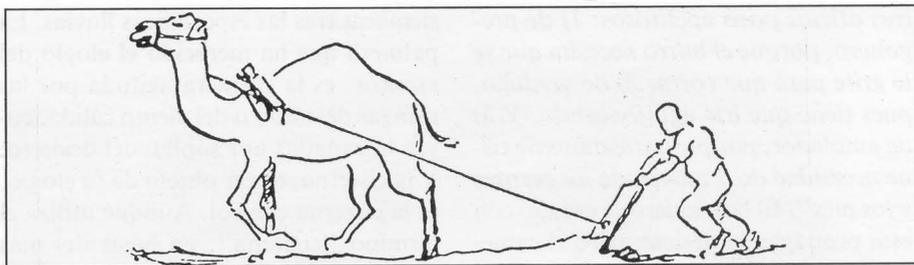
Cinchar

El camello, como la esclavitud, se extendió a todas las islas del Archipiélago, aunque en las centrales y occidentales, por su relieve más abrupto y por el clima de sus zonas altas, no resultarían tan favorables las condiciones para la cría y desarrollo de este animal.

En Tenerife tenemos noticias fidedignas de su existencia desde los primeros años de su incorporación, pues según consta en las actas del Cabildo de La Laguna, el 18 de marzo de 1521, Castellano dijo que había unos camellos tiñosos, los cuales podrían contagiar al ganado, por lo que se ordenó los sacaran de la isla (nº 210). Y el 8 de abril siguiente se vuelve a tratar el tema, puntualizándose que eran dos y estaban en el Valle (La Laguna). Se acordó fueran sacrificados si se confirmaba el diagnóstico.

Pero el clima de La Laguna, por su humedad y relativa altura, no era el más favorable para los camellos en Tenerife, que se aclimataron en las costas más cálidas del sur, desde Arico y Granadilla, hasta Arona y Adeje. Hoy han quedado reducidos a unos pocos ejemplares adscritos a las actividades turísticas.

En Gran Canaria, donde dicho ganado adquirió mayor incremento, ha sufrido una evolución similar: la mecanización y los transportes de motor han relegado a los camellos al papel de mera curiosidad turística, como ocurre en las islas orientales, según ya hemos dicho.



Tablear

Camellos y camelleros

El camello, como animal de transporte en las islas de Lanzarote y Fuerteventura, tuvo un auge inusitado hasta comienzos del presente siglo. Ello llevaba aparejado la existencia de un experto conductor y cuidador: el camellero. La profesión de camellero exigía experiencia, plena dedicación y determinados hábitos: imprimía carácter. Conocemos las figuras de dos típicos camelleros, descritas por sendos visitantes ilustres a estas islas orientales en las postrimerías del siglo pasado y comienzos del actual: René Verneau, el antropólogo francés que clasificó los cráneos de nuestros aborígenes y autor del libro *Cinco años de estancia en las islas Canarias*. Y el farmacéutico D. Cipriano Arribas, quien nos describe las costumbres isleñas en una curiosa publicación titulada *A través de las islas Canarias*, editada en 1900. Arribas nos presenta un camellero astuto y hablador, al que contrató en Fuerteventura, conocedor de un repertorio inagotable de adivinanzas. Ya desde los comienzos, cuando

pondera las cualidades y ventajas de su cabalgadura, derrocha ingenio y desenvoltura, en un tono sentencioso que nos hace recordar el estilo del escriba egipcio en la carta que dirige a su hijo para resaltarle las ventajas de su sedentaria profesión. Así se expresa el avisado camellero: *“Si su merced quiere ver ‘too’ a su gusto, no deje de ir en este camellito, pues en esta silla inglesa y no en las angarillas de cargar bultos, va sentadito y con los pies puestos sobre el tirante, usted a un lado, al opuesto su señora y yo en la cruz de la corcova”*. En efecto, el camello es un animal que puede transportar a tres viajeros sobre su giboso lomo, utilizando la silla adecuada. Y continúa el ladino conductor: *“pues anda como usted desee: si le alumbro un buen macanazo ‘jarretear’ (corre)... Si le digo ‘re’, ‘re’, va al paso. Si le grito ‘tuche’, dobla las patas...”* A continuación expone los inconvenientes del burro: *“En cambio, si en burro va, como son pequeños, el jinete roza con los pies en las piedras del camino...”* Y añade: *“Y no solamente esto es todo, si no que tendrá necesidad de ir ejerciendo*



tres oficios poco apetitosos: 1) de pregonero, porque el burro necesita que se le grite para que corra. 2) de verdugo, pues tiene que irle agujoneando. Y 3) de amolador, porque para animarle tiene necesidad de ir moviendo las piernas y los pies”. El borriquero se enfadó con esta propaganda desleal, pero el camellero prosiguió impertérrito: “Señor, desengañese su “mersé”, que aunque el camello tiene orejas de ratón, su fuerza es como la de Sansón, y ande o no ande, dámelo grande”. La contienda se resolvió pacíficamente con unos vasos de vino bebidos en común, a invitación del cliente, quien además contrató ambas cabalgaduras, para transportar también el equipaje.

Por su parte el Dr. Verneau se lamenta de la borrachera de su primer camellero, cosa que le obligó a tener que aplazar su prevista visita de exploración a Zonzamas. Y aprovecha los temores supersticiosos del segundo, que canta al oscurecer como forma de disipar el miedo, para alardear de su culta mentalidad de sabio francés, libre de prejuicios.

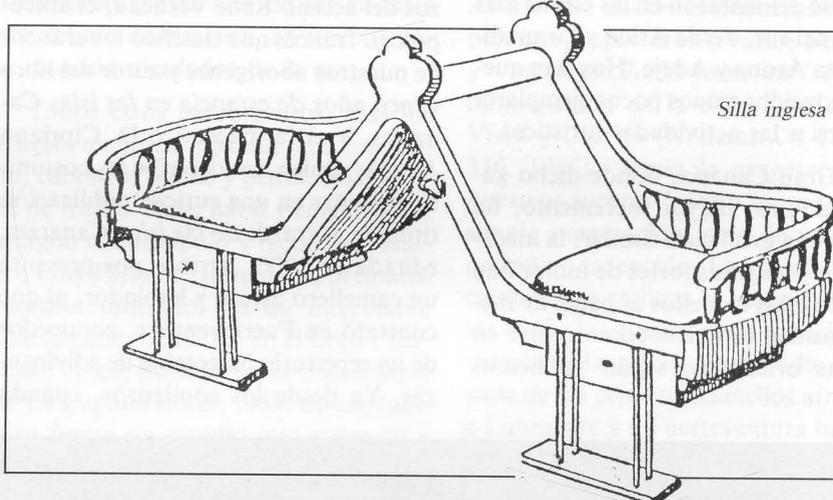
Por último, Agustín de la Hoz, en su libro *Lanzarote*, nos habla de Pablo “El Fino”, en cuyo camello se montó Alfonso XIII, cuando todavía adolescente visitó la isla, a comienzos de siglo (1906). El camellero trató al monarca con mucha campechanería, llamándole “niño” y enseñándole a montar en su camello. Esta sencillez ingenua era otra característica profesional.

Elogio del camello con arado

Agustín Espinosa dedica un encendido elogio al camello con arado del agro lanzaroteño, en uno de los primeros capítulos de su poético libro *Lancelot 28º - 7º*, que comienza: “Para ti, camello con arado de Lanzarote, mi saludo específicamente militar”. A quienes no hayan tenido oportunidad de leer dicho libro, el tono y el lenguaje pueden resultarles sorprendente. El escritor personifica, habla y tutea al animal, lo mismo que hace posteriormente con los otros dos objetos a los cuales dedica sus elogios en la misma obra: la palmera con viento y cisterna con sol. Los tres, como señala Pérez Corrales, tienen un denominador común: su origen africano. Y los tres van determinados por unos complementos que acentúan más dicho origen: el camello que elogia Espinosa, es el camello con arado, animal que utiliza la población sedentaria de África del Norte, con preferencia a los bóvidos, en sus faenas agrícolas. E incluso los nómadas en sus eventuales

siembras tras las esporádicas lluvias. La palmera que ha merecido el elogio del escritor, es la palmera agitada por las ráfagas del alisio o del viento cálido, cuyas bocanadas nos soplan del desierto. Y la cisterna, tercer objeto de su elogio, es la cisterna con sol. Aunque utiliza el término “cisterna”, en lugar del más popular y corriente de “aljibe” (del árabe “alchibec”), el sol que la ilumina es el ardiente sol africano, de nuestras latitudes meridionales.

Espinosa tutea al camello con arado, pero al mismo tiempo le expresa sus respetos, dedicándole un saludo “específicamente militar”. Y es que el camello al cual se dirige, porta en su costado el tradicional arado romano, como un gran sable de madera: “Sable arador, que sabes arrastrar garbosamente sobre la tierra plana de Lanzarote, como sobre las alfombras de una gran recepción consular”, le dice. Y, además, lo asocia con “tus andares despaciosos de general retirado”. La metáfora queda



perfilada. Pero para hacerlo ha tenido que tomar una imagen estereotipada e incompleta del camello arando en los volcánicos campos de la isla, escena percibida como una secuencia cinematográfica, como una impresión incompleta y fugaz. Porque Espinosa hace abstracción aquí de la persona que ara, de que ese arado va dirigido por una mano campesina, a menudo por una mano de mujer. Y, además, en el paisaje rural de Lanzarote, era muy frecuente encontrar entonces el camello emparejado con un modesto borriquillo, ingeniosamente acoplado al largo arado, tomando en consideración la ley de oro de la palanca. La fuerza de tracción del camello es muy inferior a la del buey, lo que se aprecia en los suelos duros, de “gavias”. Pero el escritor no lo advierte o lo olvida. Sólo retiene una imagen imprecisa y fugaz: “Yo recordaré siempre la primera impresión de tu arante silueta”, nos dice.

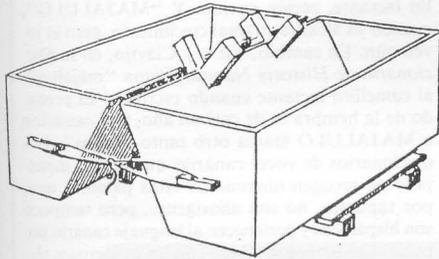
La comicidad y la fealdad del camello

Pero la gracia triste que percibe Espinosa en el camello con arado de Lanzarote, le hace descubrir en el mismo una segunda personalidad: la de actor cómico. Y lo compara con los grandes humoristas del cine mudo americano de su época. El escritor le ve arrastrar el arado “con una gracia tan triste que únicamente Charlot podría llamarte su maestro”. No es la fealdad, es la adustez, la seriedad, la tristeza, lo que le proporciona comicidad. Por eso recuerda “la primera impresión de tu arante silueta de gran actor de estepa”. Y “mi sonreír ante tu gran “film” para minorías”. Le augura un éxito de contratación y de público si se desplaza a Nueva York.

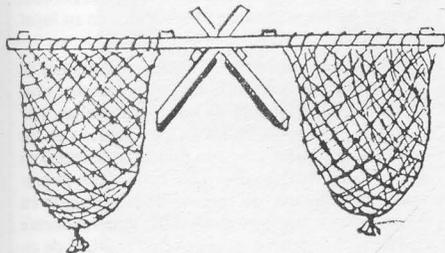
Al mismo tiempo Espinosa hace constar la fealdad natural de los camellos. El arado es el instrumento mágico, la varita que los transforma: “¡Qué bello eres —camello de Lanzarote— entonces”. “Tú que, sin arado, eres el más

feo de todos los animales”. Este juicio estético peyorativo es una apreciación subjetiva del escritor, compartida por muchos europeos. Pero el animal no es feo para todas las miradas. No suele parecerlo a los ojos de los dueños, de los beneficiarios y de los que se habitúan a su presencia. Hay un proverbio árabe que dice: “Entre todas las cosas que Dios ha dado al hombre, dos son las más hermosas: el rostro risueño de una joven virgen y un hermoso camello”. Si el animal tuviera un alma racional y sensible como los humanos, se alegraría de oírlo, igual que la humilde higuera de Juana de Ibarbourou. Pero es cierto que para nuestros gustos estéticos europeos y occidentales, el camello adulto resulta un animal desgarbado, desproporcionado, huesudo, de movimientos torpes y expresión adusta, triste. Así lo manifiesta también Verneau, refiriéndose a unos ejemplares que contempló en Jandía, pero haciendo una excepción con

un camellito pequeño, un “guelfo” como se le llama a dicha edad en estas islas: “Allí vi un dromedario de sólo tres días, que brincaba alrededor de su madre. A esta edad son tan graciosos como feos más tarde”. Más tarde, cuando el camello es joven, se le llama “majalulo” y suele presentar una bella estampa. En Fuerteventura, abundaban, pues hubo ganadería camellar hasta los años treinta del corriente siglo.



Caja de vendimia



Barcinas. Encordenadera

La peligrosidad y utilidad del camello

Tampoco suele resultar feo a los ojos de sus dueños. No es animal que se encariñe y muestre un afecto y una lealtad ostensible a su amo o cuidador, comparable a la fidelidad que profesan los perros o los caballos. No obstante, dan prueba de sumisión y mansedumbre, salvo en el corto período del celo. Por eso en el Sáhara, excepto a los que se destinan para la fecundación, se les castra (asisul). En la primavera, durante algo más de un mes, el camello en celo, hinchando la vejiga palatal y con espumarajos en la boca, puede resultar peligroso: a veces muerde, da patadas e intenta derribar a su víctima para aplastarla bajo la callosidad de su pecho. Dicen que son rencorosos y que conservan la memoria de los malos tratos que reciben. Entonces el camellero puede tener necesidad de utilizar el “sorinque” o vara de membrillero, mantenerle puesto el sálamo y no descuidar la vigilancia. En el periódico *El Horizonte* de Lanzarote (1887-89) que dirigió don Leandro Fajardo, el político asesinado en Tías, se publicó la petición de que “los camellos “calientes” no vayan sin sálamo por las calles” de Arrecife.

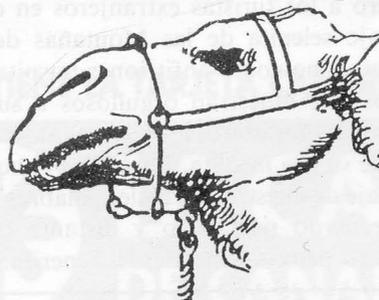


Es natural que entre los camellos y sus dueños la convivencia establezca vínculos de estimación y hasta de afecto, al menos por parte de las personas. don Isaac Viera en sus *Costumbres Canarias*, nos refiere la promesa que hizo el amo de un camello en Fuerteventura, de traer al animal a ver a S. Marcial de Femés (Lanzarote), por si el santo lo libraba de la terrible epidemia de “garrotejo”, que estaba diezmando de forma alarmante a estos útiles animales en la isla. Y cómo cumplió dicha promesa, asomando la cabeza del rumiante por la puerta del templo y depositando luego dos onzas de oro en la alcancía de la iglesia. En cambio, uno de mis lectores me ha informado que un labrador de Arona (Tenerife) tenía un camello que mordió a su padre al ponerle de comer, a consecuencia de lo cual la víctima murió. Su hijo, en represalia, despeñó al camello por el acantilado de un barranco.

La utilidad del animal en las zonas desérticas es tan patente, que sin él la vida en el interior de Arabia y del Sáhara hubiera resultado imposible. Así lo reconoce la sabiduría árabe cuando di-

ce: “Dios al crear el desierto reparó el error creando en él el camello”. Y el califa Omar sentenciaba: “Donde el camello no prospera, el árabe no prospera”. Aunque ahora, con el descubrimiento del petróleo en el subsuelo de Arabia, el hombre quiera enmendar las previsiones de Dios a base de tanques. Pero también a nuestras islas orientales —Lanzarote y Fuerteventura— el camello las ha salvado de la despoblación y de la ruina agrícola en años de sequía, penuria y catástrofes naturales.

Viera y Clavijo, en su *Diccionario de Historia Natural*, después de hacer una descripción externa bastante metódica del animal: “Animal grande, robusto, de figura extraña, cuello muy largo, ojos saltones, orejas pequeñas, etc.”, aunque no hace ninguna mención de sus peculiaridades fisiológicas y anatómicas internas, pues ni siquiera llega a indicar que es rumiante, y que está emparentado con los camélidos americanos: llama, vicuña, alpaca..., sí recoge los productos del camello útiles para el hombre: la carne, con sabor a ternera, según nuestro polígrafo, buena para tasajo. Leche gruesa, buen alimento si se mezcla con agua, conforme al criterio de su época. El pelo “del que se fabrican telas finas, y aun sombreros”. Todavía lo utilizaban los artesanos de Fuerteventura en nuestra época para confeccionar chaquetas. “Aun sus excrementos son útiles —añade— pues de su estiércol y su orina se fabrica la sal amónica”. Le faltó mencionar el sebo de la joroba, empleado como medicamento tóxico.



Cabestro

El camello en la guerra

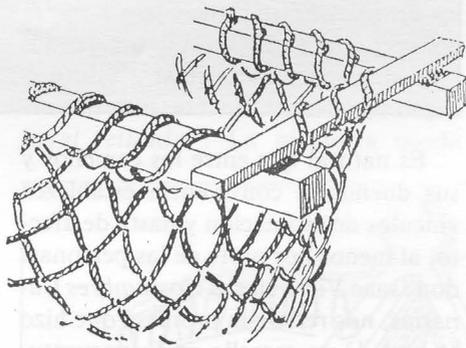
El uso del camello como medio de transporte militar es suficientemente conocido en las páginas de la Historia. La movilidad de los invasores árabes se apoyaba en las patas de sus camellos y de sus caballos. La penetración y conquista del Sáhara por los tuareg se hizo posible gracias al empleo de estos “*barcos del desierto*”, que permitió a los nómadas largos desplazamientos e imponerse a los cultivadores negros de los oasis.

En Lanzarote y Fuerteventura, la utilización del camello en acciones bélicas tuvo una aplicación tardía (siglo XVIII) y de éxito dispar. En Lanzarote, cuando dos navíos ingleses —el “Lord Anzon” y el “Hawke”— desembarcaron un centenar de fusileros al N. de Puerto de Naos (1762), los lanzaroteños le quisieron oponer una recua de camellos como parapeto, pero los animales heridos se volvieron contra sus dueños y el intento resultó un fracaso. En cambio, los dos contingentes de 50 hombres que 22 años antes habían desembarcado los piratas de la misma nacionalidad en Fuerteventura, por la zona de Tuineje y Tarajalejo, fueron aniquilados por los majoreros con el auxilio eficaz de sus camellos. Sería interesante estudiar, desde el punto de vista militar, las razones del éxito y del fracaso en el empleo bélico de estos animales, obtenidos en una y otra isla. Viera y Clavijo parece atribuir la derrota de los lanzaroteños a la inexperiencia del elemento humano —“*gente allegadiza*”, nos dice— y a la decrepitud de su jefe, don Rodrigo Peraza, que en su juventud había protagonizado un episodio mucho más afortunado con los argelinos, en 1726. Pero el éxito de los majoreros es mucho más sorprendente porque lucharon casi sin armas de fuego y capturaron todos los fusiles del enemigo.

CONCLUSIÓN

Nos queda un aspecto muy destacado del camello, derivado de su cualidad de rumiante, que merecería un comentario más amplio. Es su actitud invertida, reconcentrada, como pensativa, cuando rumia sus alimentos. El animal pasa buena parte de su existencia echado y completando su ingestión. Es por lo que seguramente le ha merecido de Unamuno el calificativo de “*anacoreta resignado*”.

Los saharauis creen que “*hay entre el cielo y la tierra unos aires enviados por Dios... que purifican la atmósfera y curan todos los males, y de los que se benefician solamente, quienes montan en dromedario*”.



Nosotros creemos que hay unos paisajes mágicos en Lanzarote que es preciso contemplar pausadamente, sin premuras, y que sólo los perciben en plenitud quienes los contemplan con sosiego desde el lomo arrullador de un pacífico camello. Paisajes que difuminan la velocidad del automóvil, las prisas del motor. Y hay panoramas de ensueño en Lanzarote, a las horas del amanecer y del crepúsculo, que necesitan complementarse con la silueta decorativa de un manso dromedario, junto a una esbelta palmera, unos parajes grises, unos muros blancos, unas puertas verdes y el brocal con negra lava de un aljibe. Por eso sobreviven y perduran algunos camellos en el Lanzarote actual. Y deben permanecer. El sector turístico es su último refugio. Nos resistimos a considerarlos mercenarios. No queremos verlos como lacayos enjaezados, sirviendo por dinero a los turistas extranjeros en el paisaje selenita de las Montañas del Fuego, sino como anfitriones hospitalarios que muestran orgullosos a sus huéspedes forasteros los secretos encantos de su isla insólita. Para ellos el homenaje de nuestras cordiales palabras y el recuerdo nostálgico y distante de nuestro pensamiento desde Tenerife.

FRANCISCO PÉREZ SAAVEDRA

NOTAS LINGÜÍSTICAS

Queremos llamar la atención de los filólogos sobre alguno de los términos del vocabulario del camellero, que reproduce don Cipriano Arribas:

“Re”, “re”, es una clara aféresis por ¡Arre! ¡arre! Y en nuestra profana opinión “jarretar”, deriva también del verbo “arrear” cuya vocal inicial sufre una guturización, con h aspirada o j, por influencia árabe y toma la epéntesis de una t.

En cuanto a los imperativos “¡TUCHE!” (Lanzarote), “¡FUCHE!” (Fuerteventura) y “CHUCHE” (Gran Canaria), acaso estén relacionados con la voz “utch”, empleada por nuestros vecinos del Sáhara para dar la misma orden al camello de que se eche. Hay metátesis de la t.

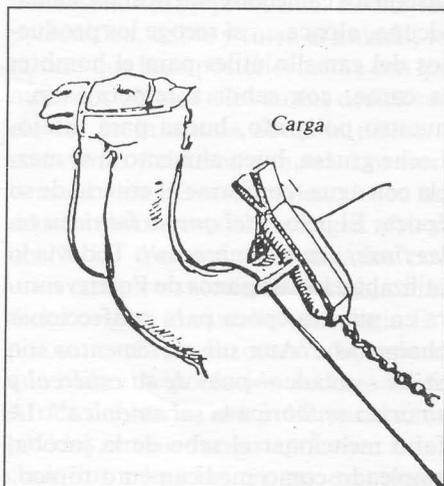
Luis Fajardo recoge de la nomenclatura popular las voces “GUELFO” aplicada a un camello lactante, recién nacido. Y “MAJALULO”, cuando ya alcanza su total crecimiento, pero es joven aún. En cambio, Viera y Clavijo, en su *Diccionario de Historia Natural*, llama “majalulo” al camellito lactante cuando escribe: “El preñado de la hembra es de casi un año, y el camellito o MAJALULO mama otro tanto tiempo”. Los diccionarios de voces canarias que hemos manejado no recogen ninguna de estas palabras que, por supuesto, no son aborígenes, pero tampoco son hispánicas y pertenecen al lenguaje canario popular. Las hemos cotejado con los numerosos términos de la lengua hasania para denominar a los camellos en los distintos periodos de su vida, y no les hemos encontrado ninguna coincidencia. Y, sin embargo, parece lógico que unos animales importados del África Atlántica trajesen incorporadas algunas de las voces que se les aplica en su lugar de origen.

En lo que concierne a las denominaciones de los aperos y atalajes utilizados con el camello, existe una clara influencia de voces castellanas, por similitud con las utilizadas en los équidos y en los bóvidos, aunque el camello nunca se aclimató en la Península Ibérica, pese a los ocho siglos de presencia musulmana. El intento de introducirlo en Andalucía en tiempos modernos, concretamente en Huelva, degeneró en un núcleo residual de cimarrones que se refugiaron en las Marismas del Guadalquivir.

La expresión “soringue” aplicada al palo del camellero la encontramos en un escrito sobre el juego del palo publicado en la revista AGUAYRO (enero-febrero 1985).

BIBLIOGRAFÍA

- ARRIBAS Y SÁNCHEZ, Cipriano: *A través de las islas Canarias*. Santa Cruz de Tenerife, 1901.
- DOMENECH, Tte. Coronel: *Algo sobre Río de Oro*. Madrid, 1946.
- ESPINOSA, Agustín: *Lancelot, 28º - 7º*. S/C. de Tenerife, 1988.
- FAJARDO HERNÁNDEZ, Luis: En “Palabras y Cosas”. La Laguna, 1944.
- MULERO CLEMENTE, Manuel: *Los Territorios Españoles del Sáhara y sus Grupos Nómadas*. 1945.
- KELLEN W.: *La Biblia tenía razón*, pág. 173 (1972). Y el Evangelio de S. Mateo, cap. II.
- UNAMUNO, Miguel de: *De Fuerteventura a París*. París, 1925.
- Fuerteventura un oasis en el desierto de la civilización*. S/C. de Tenerife.
- VERNEAU, René: *Cinco años de estancia en las islas Canarias*. La Orotava, 1981.
- VIANA, Antonio de: *Antigüedades de las Islas Afortunadas*. A.C.T. 1971.
- VIERA Y CLAVIJO, José de: *Noticias de la Historia General de las islas Canarias*. S/C. de Tenerife, 1967.
- Diccionario de Historia Natural de las islas Canarias*. Las Palmas, 1982.
- SERRA RAFOLS, E. y CIORANESCU, A.: F.R.C. IX. *Le Canarien*. I.E.C. y MC. 1960.
- SERRA RAFOLS, E. y DE LA ROSA, L.: F.R.C. XVI. *Acuerdos del Cabildo de Tenerife*. I.E.C. La Laguna, 1970.



Pague sus impuestos con la Tarjeta Canaria.



Si le sale a devolver, le anticipamos la devolución. Consulte en su oficina.



Comodidad, agilidad y seguridad.

COMODIDAD

Porque con la modalidad de crédito de Tarjeta Canaria Vd. puede:

- **Aplazar** un mes más el pago de sus impuestos
- **Fraccionar** el importe de sus impuestos en los plazos que Vd. elija.

Porque puede presentar su declaración en nuestras más de 100 oficinas.

AGILIDAD

Porque la operación de crédito de Tarjeta Canaria es **automática** (no necesita rellenar formularios, ni esperar respuesta a los mismos).

SEGURIDAD

Porque **La Caja de Canarias** se encarga de hacer llegar su declaración a la Delegación de Hacienda.

SI AUN NO TIENE LA TARJETA CANARIA, SOLICITELA



Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2010
 Solteros, separados o divorciados con hijos menores de 18 años o emancipados
 DECLARACION SIMPLIFICADA
 Tipo de declaración